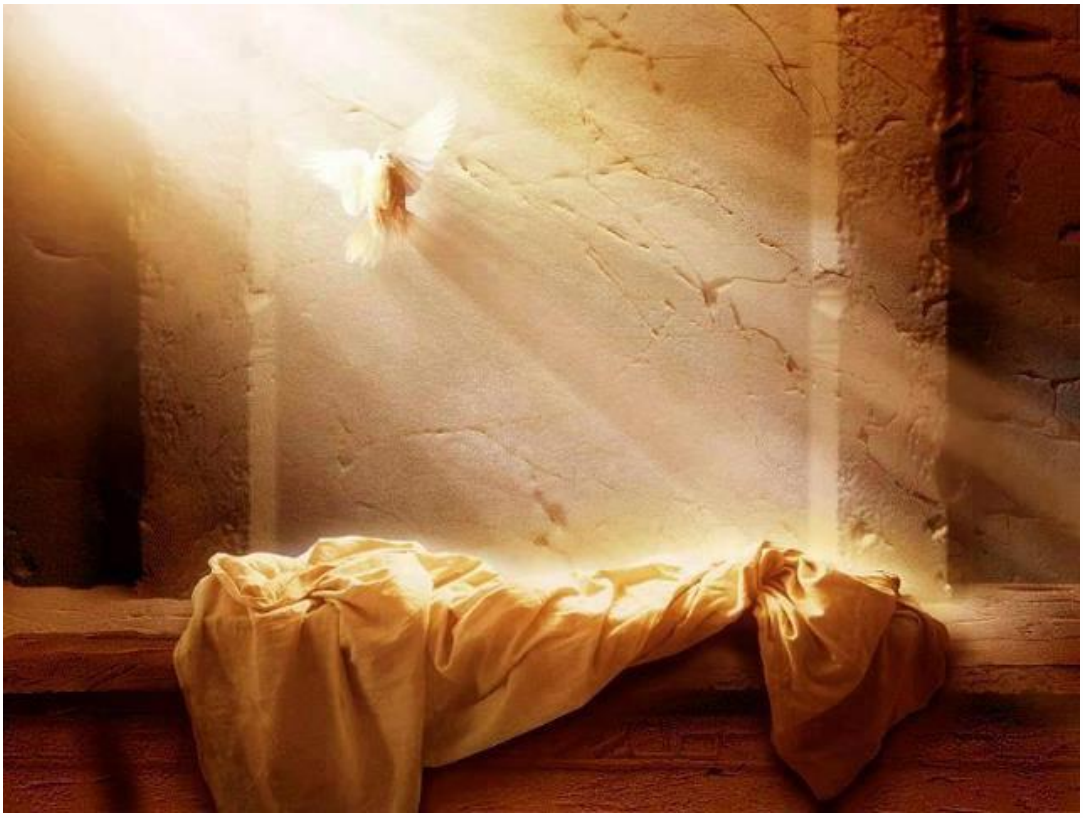
Semana Santa 2021

TRIDUO PASCUAL

Domingo de Pascua de la Resurrección del Señor

4 de abril de 2021

El discípulo resucita con Cristo



Verdaderamente ha resucitado el Señor, Aleluya

PASTORAL Litúrgica
DIÓCESIS DE ZIPAQUIRÁ

Textos orados: Comentario a la Eucología[1]

PREFACIO I DE PASCUA
EL MISTERIO PASCUAL

Cristo es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo. El original griego podría traducirse por "toma sobre sí". De hecho, así es como Cristo quitó los pecados del mundo: tomándolos sobre él mismo. Sin cometer pecado alguno, se hizo pecado y maldición, según la expresión de San Pablo. La metáfora del cordero sacrificado, que era el modo ordinario de borrar los pecados en la liturgia hebrea, confirma el sentido fundamental de esta imagen cuya plenitud y eficacia solo se encuentra en Cristo. Así, en la pasión que nos salva, Cristo es ciertamente a la vez sacerdote y víctima, porque entrega su cuerpo al verdugo, porque derrama toda su sangre, como cordero divino que carga con los pecados del mundo. Tal es la justicia; tales, pues, el sacrificio agradable a Dios, porque haciendo justicia nos restituye su amor.

Justamente en el acto en que Cristo acepta y asume la muerte, vence al imperio de Satanás y arranca violentamente a los hombres de su poder. La muerte ha sido absorbida en la victoria, en la victoria de Dios. "¿Dónde está, o muerte, tu victoria? ¿dónde está tu aguijón?" (1Cor 15,54-55). La liturgia lo canta bellamente: "la muerte y la vida se han batido en duelo sobrehumano; el rey de la vida muere; vencedor, vive". Los que mueren en el Señor encuentran la vida eterna.

En la liturgia oriental se canta: "es el día de la Resurrección: pueblos, irradiemos la alegría de la Pascua del Señor, puesto que Cristo nuestro Dios, nos ha transportado de la muerte a la vida, de la tierra al cielo, nosotros que cantamos el himno de la victoria…". Hay en este canto como una irrupción de Dios en el mundo; la realidad de Dios desborda sobre la tierra. Por Cristo resucitado irrumpe en el mundo la plenitud inmensa de la alegría divina, de la vida eterna de la gloria de Dios. La verdad ahuyenta las tinieblas del hombre, la luz elimina la noche y la misma economía sacramental se sublima en realidades concretas para el hombre que, por el bautismo, participa en la muerte y resurrección del Señor. "Resucitando restaura nuestra vida".

[1] AA.VV. *Los prefacios y las secuencias*, Barcelona: CPL 2018, 101-102.

Textos proclamados: Comentario a las lecturas[2]

Hemos comido y bebido con él después de su resurrección…

Hechos de los Apóstoles 10, 34a.37-43.

Pedro, lleno del Espíritu Santo, resume en un denso y escultural discurso todo el itinerario de Jesús de Nazaret. Por medio de Pedro, que ya ha dejado caer las barreras de la estricta observancia judía, llega por primera vez a los paganos el anuncio de la salvación -el -kerigma-. Muchos de estos paganos llegan a la fe porque su corazón está abierto a la escucha.

Al relatarnos este discurso nos transmite Lucas algunos fragmentos auténticos del ministerio de la «primera evangelización» de la Iglesia naciente. El tema de la predicación es único: la persona misma de Jesús de Nazaret, el Mesías consagrado por Dios en el Espíritu Santo (v. 28). Los apóstoles pueden atestiguar que Jesús, durante su vida terrena, hizo milagros, curó a enfermos, liberó del maligno a los que estaban bajo el poder de Satanás. Con todo, la fe, el impulso misionero y la incontenible alegría de sus discípulos proceden de la experiencia del misterio pascual, del encuentro con Cristo resucitado, al que creían muerto para siempre.

Y de eso mismo dan testimonio: aquel Jesús que, rechazado, murió crucificado, «Dios lo resucitó», ratificando así la verdad de su predicación. Es importante señalar que la resurrección está atribuida aquí a Dios y no al propio poder de Cristo; eso es lo que atestigua la antigüedad de este fragmento kerigmático.

Y Pedro insiste en su fogosidad: no se trata de fábulas o sugestiones, sino de una realidad tan concreta que puede ser descrita con dos términos muy cotidianos: «Comimos y bebimos con él». Jesús se ha manifestado «a los testigos elegidos de antemano por Dios», pero esta elección está orientada a una apertura católica, universal. Los apóstoles han recibido el encargo de anunciar, porque todos deben saber que Dios ha constituido juez de vivos y muertos (cf. Dn 7,13; Mt 26,64) al Crucificado- Resucitado, que, mediante su propio sacrificio, ha obtenido la remisión de los pecados para todo el que cree en él (vv. 42s).

[2] AA.VV., *Lectio divina para cada día del año,* vol. 4, Navarra: Verbo Divino 2011, 15-21.

Buscad los bienes de allá arriba, donde está Cristo

Colosenses 3,1-4

En la Carta a los Colosenses -una de las llamadas «cartas de la cautividad»-, la reflexión de Pablo, que parte como siempre del acontecimiento pascual (cf. Col 1,12-14), llega a captar las dimensiones cósmicas del misterio de Cristo, denominado con algunos atributos fundamentales. Es creador junto con el Padre (1,16), primogénito de la creación y nuevo Adán (1,15), cabeza del cuerpo que es la Iglesia y redentor del mundo (1,16-20). El cristiano, por medio del bautismo, que le hace partícipe de la muerte y resurrección del Señor, mediante una vida de fe que lleva a su pleno desarrollo el germen bautismal, se convierte en miembro vivo de Cristo. Esto trae consigo no sólo el compromiso de renunciar al pecado para caminar en una vida nueva, sino también una orientación resuelta a las realidades celestes, sostenida por la conciencia de nuestra propia identidad de hijos de Dios, peregrinos a la ciudad eterna, hacia la que, por una parte, tiende, mientras que, por otra -en Cristo resucitado-, se encuentra ya.

De ahí la necesidad de elegir bien y de buscar «las cosas de arriba», de acuerdo con una vida resucitada, celeste. De ahí procede asimismo la invitación a prescindir de todo lo que vuelve la vida demasiado exterior y vacía (3,3). El cristiano ha muerto «a las cosas de la tierra» y vive escondido en Aquel que vive. Cuando Cristo se manifieste en la gloria, entonces se revelará también, a los ojos de todos, la belleza espiritual de aquellos que, actuando por la fe en adhesión a Cristo en la vida diaria, han encontrado en él la unidad y la plenitud (3,4).

Él había de resucitar de entre los muertos

Juan 20,1-9

Los discípulos, antes de encontrar al Señor resucitado, pasan por *la dolorosa experiencia de la tumba vacía*: constatan la ausencia del cuerpo de Jesús. El cuarto evangelista subraya sobremanera este elemento, introduciendo una dialéctica de visión-fe-visión espiritual que recorre de manera creciente los capítulos 20-21, interpelando también al lector y a todos aquellos que creen sin haber visto (20,29). En esta perícopa se expresa esto mismo mediante el uso de tres verbos diferentes, traducidos en nuestro texto por «ver y comprobar», y que indican matices diferentes (vv. 1.5; v. 7; v. 8).

Los relatos de la resurrección se abren con dos precisiones cronológicas: «*El domingo por la mañana*» y «*muy temprano, antes de salir el sol*». El día inicial de una nueva semana se convertirá así en el comienzo de una creación nueva, en verdadero «día del Señor» (*dies dominica*), en el que la fe amorosa, no iluminada todavía por la luz del Resucitado, camina, a pesar de todo, en la oscuridad y va más allá de la muerte.

María Magdalena es el prototipo de esta fidelidad. Al llegar al sepulcro -probablemente no sola, como muestra el plural del v. 2b- «*captó con la mirada*» (*blépei*, v. 1) que la piedra que tapaba la entrada había sido rodada. Como dominada por la realidad que ve, no se da cuenta de nada más, y corre enseguida a denunciar la ausencia del Señor a Pedro -cuya importancia en los acontecimientos pascuales es realzada por toda la tradición y «*al otro discípulo a quien Jesús tanto quería*», probablemente el mismo Juan a quien remonta la tradición del cuarto evangelio. Este último fue el primero en llegar al sepulcro, pero no entró enseguida; también él «*captó con la mirada*» (*blépei*, v. 5) primero las vendas mortuorias de lino. Llega Pedro, entra y «*se detiene a contemplar*» (*theoréi*, v. 6) las vendas «*mortuorias*» -lo que permite pensar que se habían quedado en su sitio, aflojadas por estar vacías del cuerpo que contenían- y el sudario que cubría el rostro, enrollado en un lugar aparte.

El evangelista nos suministra unas notas preciosas. Resulta significativa la diferencia entre estos detalles y los correspondientes a la resurrección de Lázaro (11,44). El lento examen a que somete la mirada de Pedro cada detalle particular dentro del sepulcro vacío crea un clima de gran silencio, de expectante interrogación... «*Entonces entró también el otro discípulo, el que había llegado primero al sepulcro. Vio y creyó*» (v. 8). El verbo usado aquí es *éiden*; para comprender su significado basta con pensar que de él procede nuestra palabra «idea». Ahora el discípulo, al ver, intuye lo que ha sucedido. Pasa de la realidad que tiene delante a otra más escondida, llega a la fe, aunque se trata aún de una fe oscura, como muestran el v. 9 y la continuación del relato. De éste se desprende que la fe no es, para el hombre, una posesión estable, sino el comienzo de un camino de comunión con el Señor, una comunión que ha tío ser mantenida viva y en la que hemos de ahondar más y más, para que llegue a la plenitud de vida con él en el reino de la luz infinita.

Algunas indicaciones litúrgico-pastorales

- **Hoy es el gran día de Pascua, el Domingo de los domingos, y se debe celebrar como se merece**. Preparar con delicadeza de detalles: el altar, la dignidad y centralidad del cirio pascual, colocar en un lugar sobresaliente la imagen del Resucitado.
- En la celebración de la misa de hoy se pueden usar algunos elementos de incalculable valor, contenidos en la Vigilia Pascual, especialmente en las asambleas que no han participado en la Noche Santa (cf. Misal Romano, tercera y cuarta edición, p. 127. Domingo de Pascua, segunda forma). En efecto, dice que se puede realizar ***procesión de entrada con el Cirio Pascual***, y también ***la renovación de compromisos bautismales***.
- En el prefacio I de Pascua se dice la parte propia: «**en este día**». Es recomendable seguir el Canon Romano con las partes propias que contiene.
- La bendición final es solemne como en la Vigilia, agregando en la despedida el doble Aleluya, que se mantiene durante toda la octava pascual.
- **Con las Vísperas de este día termina el Sagrado Triduo Pascual.**
- Los ocho primeros días del Tiempo Pascual, incluyendo el domingo segundo de Pascua, constituyen la octava de Pascua; estos días tienen la celebración como ***solemnidades del Señor*** (cf. Normas Universales sobre el Año litúrgico y sobre el Calendario, n. 24).
- Se puede realizar como ejercicio de piedad, en estos días de la octava, **el *Vía Lucis*,** para poner de relieve la presencia del Resucitado en medio de la comunidad. También se sugieren para estos días ***los misterios gloriosos del rosario.***

La familia es un signo cristológico, porque manifiesta la cercanía de Dios que comparte la vida del ser humano uniéndose a él en la Encarnación, en la Cruz y en la Resurrección: cada cónyuge se hace «una sola carne» con el otro y se ofrece a sí mismo para compartirlo todo con él hasta el fin. Mientras la virginidad es un signo «escatológico» de Cristo resucitado, el matrimonio es un signo «histórico» para los que caminamos en la tierra, un signo del Cristo terreno que aceptó unirse a nosotros y se entregó hasta darnos su sangre.

Papa Francisco, Amoris Laetitia

Domingo de Pascua de la Resurrección del Señor

4 de abril de 2021

Moniciones

Entrada

Queridos hermanos: Hoy es el Domingo de los domingos y la liturgia canta con gozo desbordante: "*Es el día de la Resurrección: pueblos, irradiemos la alegría de la Pascua del Señor, puesto que Cristo nuestro Dios, nos ha transportado de la muerte a la vida, de la tierra al cielo, nosotros que cantamos el himno de la victoria*". Que esta Pascua sea vivida especialmente en las familias en este año *Amoris Laetitia*, bajo la intercesión de san José.

Aspersión

La monición es presidencial y se encuentra en el Misal.

Liturgia de la Palabra

La mayor alegría de los discípulos es tener el encuentro personal con Cristo Resucitado y su vida se transforma de tal manera que no pueden dejar de anunciar la mejor de las noticias: ni el pecado ni la muerte tienen ya poder sobre nosotros. Escuchemos atentos este anuncio pascual.

Presentación de los dones

Cristo resucitado desea comer esta Pascua con nosotros, memorial que nos dejó antes de su entrega y que ahora realizamos para celebrar que se ha levantado victorioso sobre la muerte, librándonos del mal. Exultemos con toda la Iglesia que entona esta acción de gracias por el Misterio Pascual.

Comunión

Recibir la comunión eucarística en este día es llevar a plenitud nuestro bautismo y resucitar con Cristo para andar en la vida nueva que nos otorga.

Domingo de Pascua de la Resurrección del Señor

4 de abril de 2021

Oración universal

Iluminados por Cristo Resucitado, vivificados por su Palabra y regenerados por su bautismo, ahora suplicamos por la humanidad, llenos de alegría y esperanza al celebrar la Pascua de este año de san José y de la Familia. Aclamemos:

R/. ***Aleluya, aleluya, es la fiesta del Señor; aleluya, aleluya, el Señor resucitó.***

- † Por medio de Cristo, Vencedor de la muerte, oremos por la Iglesia, para que, renovándose sin cesar, pueda anunciar al mundo la vida nueva.
- † Por medio de Cristo, ungido por el Espíritu, oremos por los bautizados para que, despojados del hombre viejo y revestidos del hombre nuevo, a imagen de Cristo, perseveren en la fe que han sellado en el bautismo.
- † Por medio de Cristo, Sacerdote eterno, oremos por el Papa, por nuestro obispo, por todos los obispos, sacerdotes, diáconos y demás ministros de la Iglesia para que sean testigos alegres de la Pascua.
- † Por medio de Cristo, Cordero inmolado, oremos por la humanidad que sufre, para que el mismo Señor Jesús, el Viviente, encienda en ella la esperanza de la liberación de todo mal.
- † Por medio de Cristo resucitado de entre los muertos, oremos por nosotros, que celebramos esta Pascua, para que, cuando aparezca el mismo Señor, vida nuestra, aparezcamos juntamente con él en la gloria.

Escucha, Señor, en la plegaria de tu Iglesia,
el anhelo de toda la humanidad:
la resurrección y la vida sin término.
Te lo pedimos por Jesucristo, tu Hijo,
a quien has constituido Señor de vivos y muertos,
cabeza de la nueva humanidad,
que vive, intercediendo por nosotros,
y reina por los siglos de los siglos. Amén.